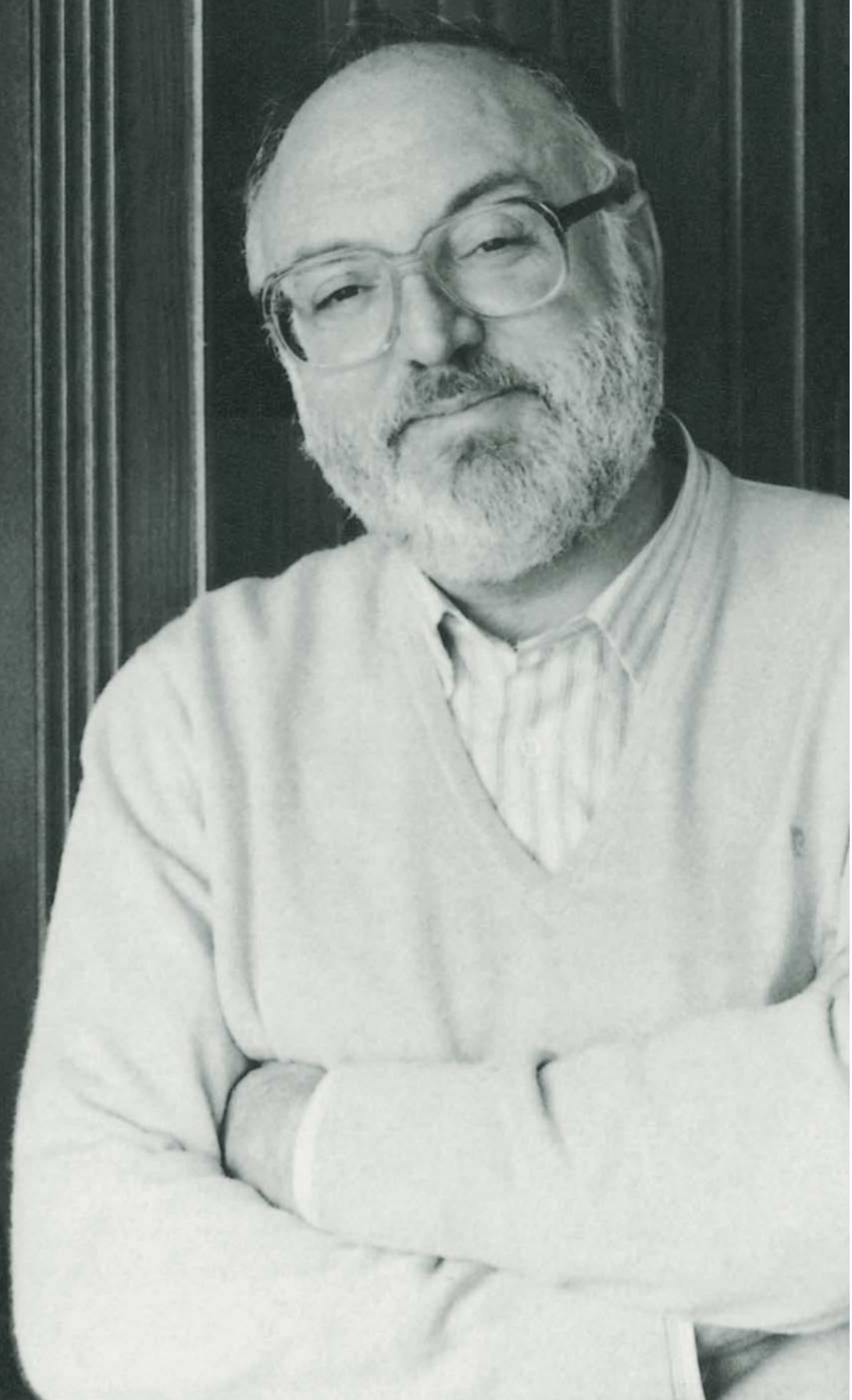




**TESTIMONIO**



# A

l margen de lo que sugiere el popular chascarrillo de *colega y, sin embargo, amigo*, lo cierto es que la relación entre los profesionales de la enseñanza superior de diferentes distritos en el sistema universitario español está, en principio, mediatizada por los protocolos burocráticos de formar parte de tribunales de Tesis Doctorales y, ¡ay!, de las temibles oposiciones, estas últimas veneno de toda suerte de leyendas que aumentan o aumentaban el morbo de lo insidioso. En cualquier caso, tal es la forma, no única, y, quizás, no la mejor, pero sí la obligada de establecer contacto con colegas de cualquier centro universitario del Estado español. Con los de casa o con los de fuera de casa, a estos primeros lazos se acaban imponiendo otros más selectivos y de más envidia intelectual y afectiva, lo que no quiere decir –tanto monta, monta tanto– que cualquier experiencia no deje de ser aleccionadora.

Con disculpas por el preámbulo, me era necesario para subrayar que yo he tenido que subir todos y cada uno de estos peldaños para alcanzar la planta principal de la amistad del profesor Gonzalo Borrás Gualis, y, en todo momento, guiado por su magisterio. En la Complutense, que ha sido mi centro durante toda mi vida universitaria, ahora existe un programa titulado *La maestría es un grado*, donde se invita a ilustres profesionales externos para que relaten, ante los estudiantes, su experiencia, lo que comporta algo más que el mero recuento curricular de sus brillantes andanzas laborales en su específica materia. Y es que un *magister* –término latino que procede de *magis*: más y que está asimismo relacionado con la palabra *magia*– es quien sabe aumentar el caudal, no sólo de los conocimientos, sino del saber, algo muy superior a la suma de las informaciones acopiadas, porque contiene el *quid* de su manejo en ese núcleo complejo que es la vida. Pues ¿de qué ha de servirte cualquier sapiencia si no se decanta en la decisiva de saber vivir?

Frente al saber de la simple erudición, el de los conocimientos *informatizables*, cuya mejor versión alumbró un pedante, está esa otra sabiduría *humanizada*, fruto de la experiencia, que es la auténticamente magistral, porque, en efecto, ensancha el caudal de quien la recibe. Es generosa y es fértil. Es, también, cautivadora. Pues bien, esa es la sabiduría que a mí me encandiló más entre los muy diversos saberes de Gonzalo Borrás. En cierta manera, basta con echarle un vistazo a su persona, que yo describiría de un plumazo como la de un varón de destacada estatura, de configuración anatómica pícnica, con un ligero sobrepeso, una mirada desgastada como de despistado pe-

ro que esconde unos ojos en alerta, una descuidada barba recortada, una boca con un desmayado rictus irónico que en la comisura izquierda ha generado un pequeño frunce de un hablar en lateral, sellado por un sempiterno cigarrillo en combustión que sigue expeliendo humo años después de haber abandonado el adorable vicio, y, en fin, un razonable desaliño indumentario. Estoy hablando de alguien cuyo aspecto produce confianza, pero del que no te hace falta cruzar una palabra para enseguida captar que no es en absoluto ni un bonachón, ni un simple; alguien, en suma, campechano, que trasluce bonhomía, pero al que, a la vista está, no es fácil camelar. En cualquier caso, si careces de la debida perspicacia física, te basta iniciar una primera conversación con él para comprobar que la rotundidad amable de su figura esconde los no pocos interesantes recovecos de un talante irónico, soterradamente fogueado por un fondo pasional que, de vez en cuando, bajada la guardia, resopla. Un ser, vamos, más complejo que complicado. Buena persona, sin un ápice de masedumbre. Fiable y confiable. Jovial y divertido. Con arranques de genio e ingenio. Demasiado sensible como para descuidar los flancos. Atrayente y, por tanto, inevitablemente, con cierto potencial de peligro.

Pues bien: ¡toda esta interminable retahíla sin haber abordado todavía lo fundamental en la naturaleza y el carácter de Gonzalo Borrás Gualis! No es fácil hacerlo, porque trata de algo que trasciende los dones físicos y mentales. Me refiero a lo que se decanta con el comportamiento, que existencialmente es la sal de la vida. Estoy aludiendo a la *generosidad*, un término castellano de estirpe antigua, pues, a través de sus ricas variaciones latinas, remite al verbo griego *gignomai*, que significa *llegar a ser*; esto es: una cualidad dinámica de la voluntad; o sea: la gente que se gesta por un gen, que no es sólo, como hoy se diría, el ADN, sino este enfrentado o confrontado con el medio, el destino de lo circunstancial, fraguándose en la corriente a contracorriente. Genio y figura. Todos tenemos un gen, pero muy pocos son *generosos*; todos recibimos, pero solo los mejores *dan*. El don de dar es un bien precioso y, por tanto, escaso. Por ahí llego a *don* Gonzalo Borrás Gualis, que lo lleva a la espalda sin más título que su forma de ser, sin darse ninguna importancia arciprestal. Porque sí. Un don, un regalo.

Mientras escribo estas líneas, recibo la publicación titulada *Historia del Arte y Patrimonio Cultural: una revisión crítica*, que recoge la última lección magistral impartida por Gonzalo Borrás en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza el 26 de marzo del año en curso. Es el mejor ejemplo de lo que trato de comentar sobre la generosidad del profesor Borrás, que, como siempre, no puede conjugarse sólo en una estricta dimensión intelectual. Me alegra que sea su postrera lección oficial, porque esta debe ser culminante, como corresponde al punto de vista más elevado, desde el cual se atisba más y mejor la perspectiva alcanzada a través de una vida de trabajo, reflejo de una curiosidad y una dedicación personales en pos del conocimiento, pero también de una dedicación y un compromiso cívico con los demás, los que formamos esa inmensa población de los otros, próximos y lejanos, muertos, vivos y aún no nacidos. Este compromiso ya se delata en el mismo título de la lección, cuando se vincula la Historia del Arte con el Patrimonio Cultural; es decir: cuando se da a entender que el sentido científico de una disciplina ha de ser socialmente operativo o quedará seriamente limitado. ¡Qué lección! y ¡qué entrega!

Pero vayamos por partes: en la primera, el profesor Borrás levanta el mapa selectivo de lo que ha sido y es la historiografía artística de nuestro país, atreviéndose –*comprometiéndose*– a destacar sus líneas de fuerza matriciales, sin arredrarse al llegar a la actualidad, que es el fundamento previsible de su futuro. Siendo apasionado, lo hace con ponderación objetiva, salpimentada, en los casos *in fieri*, de esperanza, que es lo propio entre quienes son generosos para con los demás, lo cual no hay que atribuir a *simpatías* personales, sino al empatizar con lo que, dentro de una dilatada experiencia, se juzga como más oportuno y operativo. De hecho, en la segunda parte, enmarca y contextualiza esta labor historiográfica de los demás y de la suya propia dentro de la acción

que le da pleno sentido: el patrimonio cultural. Y lo hace conjugando esta acción en pasado y presente, que es la forma completa de su justificación.

Se podría rellenar una ficha académica que burocráticamente compendiasse la labor investigadora y docente del profesor Borrás, y, ¡ay!, sin duda, de cada uno de nosotros que también estaremos indefectiblemente así rotulados en espera de entrar en la negra noche del total olvido. Esta ficha, en el caso de Borrás, en tanto en cuanto, es brillante, aplicando ese rasero indefectible que insinúa sardónicamente el dicho proverbial de *Nada, si me considero; todo, si me comparo*. Pero, con gallarda rebeldía ante la fatalidad, hay también algo humano que permite ofrecer, como creo recordar que leí hace años en la novela *Todas las mañanas del mundo*, de Pascal Quignard, *una copa a los muertos*; esto es: que permite enfrentarse a la inercia del destino y proclamar, testimonialmente, ante la luminosa estela percibida en otro semejante, lo que escribió G.K. Chesterton, en su novela *El hombre que fue Jueves*, cuando un Dios en fuga, dirigiéndose a los humanos mortales que le persiguen, les lanza un papelillo con la leyenda: *Vuestra belleza no me es indiferente*. Cabe, en fin, percibir el don del otro y regocijarse de su existencia. Así, sin más.

Empecé este deshilvanado escrito advirtiendo de qué manera aséptica se producen los primeros lazos entre los funcionarios de un mismo cuerpo. En este caso el universitario. No pocas veces, nos resulta arduo deshacer este ridículo nudo, que nos impide crecer. No obstante, extraordinariamente, surge también alguien, por contadas que sean las ocasiones, que nos saca de este embrollo y nos invita a asomarnos a un panorama más amplio y fructífero. Y ese alguien se convierte entonces en un *maestro*, en un ser que aumenta nuestro caudal existencial. No nos señala hacia su persona, sino, a través de ella, hacia la feraz realidad. Cuando esto se produce, por lo general, mediante pequeños gestos que casi pasan desapercibidos, sentimos en nuestro fuero interno como una revelación. Si viniera al caso, yo podría relatar el anecdótico de esta vivencia en relación con Gonzalo Borrás, pero estas cosas es mejor mantenerlas al resguardo, en la intimidad; no sus consecuencias: las que permiten transformar un mero enredo burocrático en el fastuoso balcón de una amistad, que no se sostiene de ninguna otra manera sino mediante esa que provee una admiración constantemente renovada. Llegados a este punto, comprendo que me estoy poniendo solemne, y lamento el énfasis, porque me parece estar sintiendo el deje irónico característico de quien hablo frente a la desmesura, aunque él mismo sea, como he repetido, de natural apasionado; pero, qué le voy a hacer: este es, a fin de cuentas, mi testimonio.

**Francisco Calvo Serraller**  
Universidad Complutense de Madrid